


La primavera de los bárbaros

JONAS LÜSCHER

Traducción de Carlos Fortea

gatopardo ediciones 

Título original: *Frühling der Barbaren*

Este libro se ha contratado
a través de Ute Körner Literary Agent
www.uklitag.com

© 2014 Verlag C.H. Beck oHG, Múnich
© de la traducción: Carlos Fortea

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda
de la Swiss Arts Council Pro Helvetia

© de esta edición Gatopardo ediciones
Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª
08008 Barcelona (España).
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre 2015

Diseño de la colección y de la cubierta:
Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:
Oasis en Túnez
© Dennis Jarvis bajo licencia CC BY-SA 2.0

ISBN: 978-84-944263-2-2
Depósito legal: B-22326-2015
Impresión: Reinbook Impres, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares
del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción
parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin el permiso
escrito de los titulares de los derechos de explotación.

¿Qué es «barbarie», en realidad? No es lo mismo que primitivismo cultural, un echar hacia atrás el reloj [...]. Es un estado en el que están presentes muchos de los valores de una cultura elevada, pero sin la coherencia social y moral que es condición previa del funcionamiento racional de una cultura. No obstante, precisamente por ese motivo, la «barbarie» también es un proceso creador: cuando la cohesión global de una cultura se rompe, queda abierto el camino a una renovación de la energía creadora. Indiscutiblemente, ese camino puede pasar por un desplome de la vida política y económica, por siglos de empobrecimiento espiritual y material y por terribles padecimientos. Quizás nuestra propia y particular forma de civilización y cultura no consiga sobrevivir intacta..., pero podemos estar seguros de que los frutos de la civilización y la cultura sobrevivirán de alguna forma. No hay ningún fundamento histórico para creer que el resultado final será una *tabula rasa*.

Franz Borkenau

CAPÍTULO I

—No —dijo Preising—, haces las preguntas equivocadas —y, para enfatizar su réplica, se detuvo en mitad del sendero de grava. Una costumbre que yo no podía soportar, porque de ese modo nuestros paseos se asemejaban a los cortos recorridos de un viejo *basset* con sobrepeso. Y aun así paseaba todos los días con Preising, porque en ese lugar, a pesar de sus numerosas cualidades irritantes, seguía pareciéndome el mejor compañero—. No —repitió, y volvió por fin a ponerse en movimiento—, haces las preguntas equivocadas.

A pesar de hablar tanto, Preising se tomaba muy en serio la importancia de sus palabras, y sabía siempre con exactitud lo que quería que le preguntaran para que la corriente de sus palabras pudiera recorrer el camino previsto. A mí, que allí era en cierto modo un prisionero, no me quedaba más remedio que seguirlo por esos senderos.

—Escucha —dijo—, voy a demostrártelo, y a tal efecto voy a contarte una historia —esa era otra de sus particularidades, emplear expresiones de las que podía estar seguro de ser el único que aún las conservaba en su repertorio. Además, me temo que se trataba de una manía que, a lo

largo de las últimas semanas, se me había contagiado. A veces existían buenas razones para dudar de que Preising y yo nos hiciéramos el bien el uno al otro.

—Una historia —me prometió— de la que se puede aprender algo. Una historia llena de quiebros increíbles, extravagantes peligros y exóticas tentaciones.

Quien espere ahora una historia obscena no puede estar más equivocado. Preising jamás hablaba de su vida sexual. No tenía por qué temer tal cosa, lo conocía demasiado bien. Sólo podía hacerme conjeturas acerca de si tenía una. Era difícil imaginárselo. Pero las apariencias engañan. Al fin y al cabo, a veces yo mismo me sorprendo, de pie ante el espejo, de que alguien como yo, con tan poca vida, haya conseguido tener una.

Antes de poder comenzar su historia, Preising volvió a interrumpir nuestro paseo, como si echara un vistazo al pasado que parecía vislumbrar en el horizonte, que en nuestro caso estaba muy próximo, pues estaba formado por la cima del alto muro amarillo. Para eso, entrecerró los ojos, arrugó la nariz y aguzó los finos labios.

—Quizá —dijo, iniciando por fin su historia— todo esto nunca habría ocurrido si Prodanovic no me hubiera enviado de vacaciones.

Pese a ser responsable del internamiento de Preising, Prodanovic no era ni siquiera su médico de cabecera. Prodanovic era aquel antaño joven y todavía brillante empleado de Preising que, al inventar la conexión CBC de wolframio, un componente electrónico sin el que ninguna antena de móvil de este mundo podría cumplir con su función, había salvado de la quiebra la sociedad comanditaria de receptores de televisión y antenas heredada por Preising y la había

llevado a insospechadas esferas de liderazgo mundial en el mercado de las conexiones CBC.

El padre de Preising, que se había tomado para morir el tiempo suficiente para que éste pudiera terminar sus estudios de economía de empresa, interrumpidos un año y medio antes para estudiar canto en una escuela privada en París, dejó a su hijo en herencia una fábrica de antenas de televisión con treinta y cinco empleados, en un momento en el que hacía mucho que se había impuesto la televisión por cable. La empresa, que procedía de la manufactura de bobinas y potenciómetros del abuelo, en la que los antepasados de Preising se habían desollado los dedos con finos hilos de cobre, obtenía por aquel entonces casi todo su volumen de ventas de la fabricación de aquellas antenas, larguísimas pero, puesto que apenas tenían ramificaciones, muy baratas, que los radioaficionados —por desgracia otra especie en extinción— solían clavar en los tejados.

Así pues, Preising, sin culpa alguna por su parte, se hizo cargo de una empresa arruinada, que habría requerido la aplicación de unas cuantas medidas drásticas; podemos asegurar que, hoy en día, ya no existiría si aquel joven técnico de mediciones, llamado Prodanovic, no hubiera diseñado la conexión de CBC de wolframio y no hubiese tomado las riendas del negocio. Por lo tanto, Prodanovic era responsable de que Preising se hubiese convertido no sólo en un propietario adinerado, sino también en presidente del consejo de administración de una sociedad con mil quinientos empleados y sucursales en cinco continentes; al menos de puertas afuera, porque hacía mucho que Prodanovic manejaba, junto a un grupo de emprendedores ejecutivos, el negocio operativo de la dinámica empresa, que ahora llevaba el dinámico nombre de *Prixxing*.

Sin embargo, Preising seguía siendo la cara visible de la firma, porque Prodanovic sabía que, si había algo que Preising podía hacer, era transmitir credibilidad, el espíritu solvente de una empresa familiar que iba a entrar en su cuarta generación. Eso era lo único a lo que Prodanovic, hijo de un bosnio que trabajaba de camarero en un buffet, no se atrevía, porque él mismo pensaba que lo balcánico era la encarnación de la inestabilidad, una impresión que había que evitar a toda costa. A Prodanovic le gustaba dar, cuando su apretada agenda se lo permitía, pequeñas charlas en colegios para chicos problemáticos, en las que se presentaba como modelo de una integración exitosa. Aquel Prodanovic que ostentaba los plenos poderes era, pues, el que había mandado a Preising de vacaciones. Algo que hacía regularmente cuando se avecinaban tomas de decisiones importantes.

Y así, lo capté enseguida, desde la primera frase de su historia, Preising consiguió rehuir toda responsabilidad sobre los acontecimientos venideros.

Tampoco tuvo que decidir adónde iría de vacaciones. Prodanovic era eficiente, y siempre trataba de aunar lo agradable con lo útil. Lo que, en este caso, significaba que Preising volaría a Túnez, donde, en uno de los muchos polígonos industriales que hay a las afueras de Sfax, en un edificio bajo de uralita, junto a la carretera que llevaba a la capital, tenía su sede una de sus empresas suministradoras. Slim Malouch, el propietario de la ensambladora, era un comerciante mangoneador, que participaba en sectores tan distintos como la fabricación de aparatos electrónicos, el comercio de fosfatos y el turismo de lujo. Era el due-

ño de unos cuantos exclusivos hoteles. Preising sería su invitado.

Malouch se arrimaba a todo el que tuviera que ver de algún modo con las telecomunicaciones, porque en ellas no sólo veía el futuro, como hacía a esas alturas todo el mundo, sino la salvación de su empresa familiar. Tenía cuatro hijas inteligentes y, según Preising, de muy buen ver. Pero, para su desgracia, las circunstancias en Túnez eran tales que no podía confiarles la dirección del holding de la familia, por lo que dicha responsabilidad debía recaer por entero sobre los hombros de su hijo varón. Hombros que Foued Malouch había cargado previamente con el peso moral de unos estudios de Geología en París, lo que hacía que no se sintiera en condiciones de dirigir una empresa cuyos principales ingresos procedían del comercio de fosfatos, que terminaban en los sembrados de Europa convertidos en abono artificial. Foued llegó a amenazar a su padre con buscarse la vida en una granja ecológica, en el departamento del Lot. Slim Malouch no sólo era un hombre decente, o eso creía haber advertido Preising, también era un hombre razonable, y trataba de escapar de los fosfatos a las telecomunicaciones, razón por la cual tenía interés en conocer a Preising.

Así que Preising tuvo que abandonar las brumas de la región de los Tres Lagos por la primavera tunecina. Cambió la chaqueta de tweed y los pantalones de pana color borgoña por una chaqueta de espiguilla color licor de huevo y unos chinos con la raya muy marcada, una vestimenta que le parecía imposible, pero que le había preparado su asistente personal, y temía ofenderla, razón por la que se sentó a su lado con una sonrisa indulgente y se dejó llevar al aeropuerto, en su coche, porque él no tenía ninguno.

—El vuelo fue agradabilísimo —me aseguró Preising—. En contra de mi costumbre, bebí alcohol. La azafata no me entendió y me trajo un whisky en vez del zumo que le había pedido, pero aun así me lo tomé, porque me enterneció su figura rechoncha, que tanto contrastaba con las numerosas gacelas estilizadas que adornaban su uniforme. Realmente no era guapa, y los pasajeros —que sentían que les habían escatimado parte de la experiencia que creían haber comprado junto con el billete—, se lo hacían pagar. Habría sido injusto no aprovechar cualquier oportunidad de ser amable con ella, así que al primer vaso siguió un segundo, y al segundo un tercero.

Slim Malouch, acompañado de su hija mayor, recibió a Preising en el refrigerado vestíbulo del aeropuerto de Túnez—Cartago. Y cuando Preising vio el envidiable gesto de autoridad con el que Malouch apartaba a los taxistas en medio del calor a la salida del edificio y llamaba a su chófer, por un momento pensó en dar credibilidad al rumor de que Malouch era hijo ilegítimo de Roger Trinquier, el autor de la obra de referencia *La Guerre Moderne*, y de su cortesana argelina, que, la noche en la que los franceses abandonaron el Magreb, había huido a través del desierto hasta Túnez, llevando al pequeño Slim en brazos. Allí, gracias a su encanto y sus conocimientos de mecanografía, se había convertido rápidamente en secretaria, y pronto en esposa, de un oscuro diputado del partido Néo Destour que estaba preparando un atentado contra el presidente Bourguiba y que no pudo perpetrar porque sufrió un infarto en medio de una sesión del Parlamento, pero que, como había muerto en acto de servicio a la patria, recibió una condecoración póstuma y dejó a su viuda, la antigua

cortesana del torturador francés de Argelia, una renta nada despreciable.

Sin embargo la fuente, recordó Preising, era dudosa. Conocía la historia por un hombre llamado Moncef Daghfous, que no sólo era el más feroz competidor de Malouch, sino que incluso había ofrecido a Preising ensamblar las conexiones CBC en su fábrica, a las afueras de Túnez, a precios mucho más bajos, y confesaba sin rubor que ese precio tan ventajoso era debido, sobre todo, a que empleaba *dinkas* menores de edad, huidos de Darfur. Hábiles muchachitos, los llamaba. A Preising le habría gustado rechazarlo, pero ese asunto de la mano de obra infantil no era tan sencillo. Recordaba una cena con el grupo de empresarios liberales de Prodanovic, en la que su vecino de mesa le había explicado lo difícil que era lo del trabajo infantil. Mucho más difícil de lo que les gustaría a esas gentes idealistas, no era tan sencillo, y en determinadas circunstancias quizá fuera incluso un mal menor. Preising no estaba seguro de que en este caso se dieran esas determinadas circunstancias, porque ya entonces le costó trabajo seguir el razonamiento de aquel hombre. Sea como fuere postergó la decisión, quería hablar primero con Prodanovic, y entretuvo a Moncef Daghfous con confusas explicaciones.

Daghfous estaba muy equivocado con respecto a Preising. Lo consideraba un aprovechado. Tras haber desacreditado a su competidor Slim Malouch con un dudoso origen y ofrecerle un precio competitivo, seguía sin conseguir ser socio de Preising, de modo que sacó la artillería pesada y mandó llamar a sus seis hijas. Podía elegir, podía disponer de las seis, todas estaban en edad casadera, tan sólo la segunda por la izquierda estaba ya adjudicada, pero, si no había más remedio, podían hacer que su prometido se

viera envuelto en un accidente de tráfico, aunque eso era un asunto delicado, y además las otras cinco no desmerecían en nada a la ya prometida. «Voilà», dijo señalando a sus hijas, y mostrando las palmas de las manos. «Voilà», repitió Preising, porque no se le ocurrió nada mejor que decir.

Desde luego, Preising estaba perplejo, pero era un relativista cultural declarado y, además, de una especie nada chovinista. Su liberalismo era un relativismo tibio como un baño infantil. Sin embargo, en nuestros paseos se mostraba siempre dispuesto a enarbolar la ética de la virtud, como si se tratara de una custodia. Preising, el gran seguidor de la doctrina aristotélica del término medio, se alegraba de que no fuera algo matemático, sino que tuviera que decidirse caso por caso. Era ahí donde se producía un choque de mundos, y ahí debía ser prudente. Se trataba de un caso muy difícil, era preciso pensarlo detenidamente.

Ya empezaba a temerme que aquella Scherezade magrebí era el punto adonde quería ir a parar. La tentación exótica: Preising en presencia de seis tunecinas menores de edad, ofrecidas por su padre como el *choix de fromage* del Kronenhalle. La historia amenazaba con volverse escabrosa.

—Pero, justamente cuando la cosa empezaba a ponerse difícil —prosiguió— y el hombre comenzaba a preguntarme si sus hijas no eran lo bastante guapas para mí, y si, quizá, tendría sentido despacharlas y llamar en su lugar a sus tres hijos, y yo me esforzaba en asegurarle que el problema era más bien elegir, tan admirable y única era cada una de ellas, mientras buscaba para mis adentros el modo de rechazar de plano su oferta sin infligirle una profunda ofensa, fue reclamado por un empleado de la casa con manchas rojas

de acaloramiento en el rostro. Una de las fábricas de fosfatos de Moncef Daghfous había sido presa de las llamas. Daghfous me dejó al cuidado de sus hijas, que se ocuparon de mí de un modo conmovedor, y me aseguró que volvería lo antes posible para conocer mi elección.

Pero no llegó a ocurrir tal cosa. Mientras las hijas, bajo la vigilancia de una anciana, servían té y dulces, Daghfous, sin dejar de agitar los brazos y profiriendo violentas amenazas, intentaba que sus trabajadores regresaran al foco del incendio y se enfrentaran a las llamas. Cuando vio que todo el manoteo y las intimidaciones no servían de nada, cogió un cubo de arena y una pala y avanzó, con valeroso ejemplo, hacia el almacén en llamas, en dirección a la onda expansiva, causada por una violenta explosión, que le arrancó a Moncef Daghfous la cabeza del cuerpo y diseminó su fábrica de fosfatos, la uralita, las anticuadas cintas transportadoras, las palas cargadoras francesas y las excavadoras americanas por un extenso radio del pedregoso paisaje.

—Cuando el mismo empleado de antes nos dio la triste noticia, pensé que iba a producirse un ritual folclórico de duelo. Gritos y lamentos, tirones de cabellos, un expresivo arañarse los rostros desfigurados por el dolor, desvanecimientos y cosas por el estilo. Sin embargo, en vez de eso, las seis hijas se miraron en silencio, recogieron las tazas de té y la tetera plateada y me pusieron de patitas en la calle con un *baklava* mordido en la mano.

Nunca se sabía del todo si las historias de Preising eran ciertas o no, pero no era esa la cuestión. A Preising le importaba la moraleja. Consideraba que en toda historia digna

de ser contada había una. Y, en la mayoría de los casos, sus historias daban fe de su propia prudencia, a la que concedía mucha importancia.

Una prudencia que la doctora Betschart consideraba que debía ser tratada, y para la que, tres semanas después del internamiento de Preising, seguía buscando el término psicopatológico correcto. El diagnóstico parecía difícil, la sintomatología poco clara, y tampoco la irracionalidad del paciente, que se mostraba unas veces encantador y amable, y otras agotadoramente testarudo, facilitaba las cosas.

Mi depresión común era mucho más fácil de diagnosticar, y, al mismo tiempo, mucho menos interesante. Pero Preising y yo nos asemejábamos en nuestra incapacidad para entendernos como personas que actúan. Él consideraba una virtud ese defecto evidente. Yo, sin embargo, sufría mucho por eso. Pero cambiarlo ya significaba actuar.

—En cualquier caso —prosiguió Preising—, la fuente era dudosa, y la conducta de Slim Malouch tampoco daba el menor motivo para dudar de su impecable origen. Con toda formalidad, me invitó a sentarme junto a su hija Saida, al fondo de una limusina francesa, cuya bamboleante travesía por las agujereadas carreteras de Túnez me recordó la cabalgada de un camello; pero luego hablaremos de los camellos —terció Preising—, cerró la portezuela y se puso él mismo al volante de un todoterreno que se había detenido junto a nosotros sin que yo lo viera. Pasó de largo a nuestro lado, con el teléfono pegado a la oreja y un guiño encantador. No volvería a verlo hasta el atardecer. Lamentándolo mucho, me había asegurado que estaba ocupadísimo, pero que Saida se ocuparía de mí y me llevaría al hotel que dirigía, donde me alojaría esa primera noche.